

Gerald Durrell

El jardín de los dioses



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Garden of the Gods*

Traducción de: María Luisa Balseiro

Primera edición: 1982

Tercera edición: 2010

Cuarta reimpresión: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Foto del autor: © Gettyimages

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Gerald Durrell, 1969

© de la traducción: María Luisa Balseiro

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7422-3

Depósito legal: M. 42.017-2010

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Una pequeña advertencia
15	1. Perros, lirones y caos
53	2. Arañas y espectros
75	3. El jardín de los dioses
115	4. Los elementos de la primavera
141	5. Faquires y fiestas
173	6. La regia ocasión
207	7. Los senderos del amor
237	8. Los gozos de la amistad
275	Glosario de algunos nombres de animales citados en el texto

Dedico este libro a Ann Peters, en otro tiempo mi secretaria y siempre amiga mía, porque ama a Corfú y probablemente la conoce mejor que yo.

Una pequeña advertencia

Éste es el tercer libro que escribo sobre una estancia de toda mi familia en la isla de Corfú, antes de la última guerra mundial. Podrá extrañar a algunos que aún encuentre material para escribir acerca de esa época de mi vida. Permítaseme señalar que en aquellos tiempos éramos relativamente pudientes, ricos sin duda alguna para el nivel de Grecia; ninguno trabajaba en el sentido usual de la palabra, y por lo tanto la mayor parte del tiempo se nos iba en pasarlo bien. En cinco años de semejante régimen, cualquiera puede acumular muchas experiencias.

Un problema que plantea el escribir una serie de libros con los mismos personajes, o básicamente los mismos, es el de no aburrir al lector de los libros anteriores con descripciones interminables de esos personajes. Pero tampoco se puede caer en la presunción de dar por sentado que todo el mundo ha leído aquellos libros anteriores,

por lo que hasta cierto punto hay que suponer que el lector se acerca a nuestra obra por primera vez. Es difícil mantener un rumbo equidistante entre irritar al lector antiguo y sobrecargar al nuevo. Espero haberlo conseguido.

En el primer libro de esta trilogía, *Mi familia y otros animales*, juzgué oportuno decir sobre él esto que ahora repito aquí, porque no me siento capaz de mejorarlo:

En el texto que sigue he intentado dibujar un retrato de mi familia preciso y ajustado a la realidad; aparecen tal como yo los veía. Para explicar, empero, algunos de sus rasgos más curiosos, debo señalar que cuando fuimos a Corfú todos éramos aún bastante jóvenes: Larry, el hermano mayor, tenía veintitrés años; Leslie, diecinueve; Margo, dieciocho; y yo, el benjamín, me hallaba en la tierna e impresionable edad de los diez años. De la de mi madre no hemos estado nunca muy seguros, por la sencilla razón de que no recuerda su fecha de nacimiento; todo lo que sé decir es que era lo bastante mayor como para tener cuatro hijos. Mi madre también insiste en que explique que es viuda, porque, según su sagaz observación, nunca se sabe lo que puede pensar la gente.

La tarea de condensar cinco años de incidentes, observaciones y grato vivir en algo un poco menos voluminoso que la *Enciclopedia Británica* me ha obligado a comprimir, podar e injertar, de modo que apenas subsiste algo de la continuidad original de los hechos.

Decía también que había dejado fuera muchos sucesos y personajes que me habría gustado presentar, y en este libro he intentado reparar esa omisión. Espero que agra-

de tanto a quienes lo lean como al parecer agradaron sus precursores, *Mi familia y otros animales* y *Bichos y demás parientes*. Para mí retrata una parte muy importante de mi vida y eso que por desgracia parece negárseles hoy a muchos niños, y que es una infancia verdaderamente feliz y luminosa.

1. Perros, lirones y caos

*El incalificable turco debe ser
inmediatamente eliminado de
esta cuestión.*

Carlyle

Aquel verano fue pródigo por demás. Diríase que el sol hubiera hecho sacar a la isla todas sus reservas, pues nunca habíamos tenido tal abundancia de frutos y flores, nunca había estado el mar tan caldeado y tan lleno de peces, nunca tantos pájaros habían criado, ni salido mariposas y otros insectos de sus crisálidas para animar el campo con sus colores. Las sandías, de carne crujiente y fresca cual rosada nieve, eran formidables balas de cañón vegetales, cada una de las dimensiones y peso necesarios para barrer del mapa una ciudad; los melocotones, anaranjados o sonrosados como luna de septiembre, crecían inmensos en los árboles, henchidos de dulce jugo sus gruesos pellejos aterciopelados; los higos y las brevas se reventaban por la presión de la savia, y en las rosadas hendiduras se aposentaban las cetonias verdidoradas, deslumbradas por aquella dadivosidad inagotable. Habían gemido los árboles bajo el peso de las cerezas, de

modo que en los huertos era como si se hubiera dado muerte a un gran dragón, quedando las hojas salpicadas de gotas de sangre escarlata y rojo vino. Las mazorcas de maíz eran de un codo de largas, y al hincar el diente en aquel mosaico de granos de color amarillo canario te saltaba a la boca el jugo blanco y lechoso; y en los árboles que se henchían y engordaban para el otoño lucían las almendras y nueces de verde jade, y las aceitunas, tersas, bruñidas y brillantes como huevos de pájaro colgados entre las hojas.

Ni que decir tiene que, con la isla hecha un puro estallido de vida, mis actividades recolectoras se duplicaron. Además de la habitual tarde que pasaba cada semana con Teodoro, emprendía expediciones mucho más osadas y ambiciosas de las que hasta entonces había podido llevar a cabo, porque ahora estaba en posesión de una burra. Aquel animal, de nombre Sally, había sido un regalo de cumpleaños, y como medio de recorrer grandes distancias y transportar abundante equipo demostró ser una compañía inapreciable, aunque terca. En compensación de su terquedad poseía una gran virtud: la de ser, como todos los burros, paciente sin medida. Con la mirada gozosamente perdida en el vacío esperaba a que yo acabara de contemplar este o aquel bicho, o sencillamente se sumía en un sopor asnal, ese dichoso estado de trance que alcanzan los burros y en el cual, con los ojos entornados, parecen estar soñando con no se sabe qué nirvana y ni las voces, ni las amenazas, ni los palos siquiera hacen mella en su espíritu. Los perros, pasado un ratito de espera paciente, empezaban a bostezar y a suspirar y a rascarse y a manifestar por muchos indicios que

ya habían dedicado tiempo bastante a una araña o lo que fuera, y seguían adelante. Pero Sally, una vez entregada a su sopor, daba la impresión de estar dispuesta a quedarse clavada en el sitio durante varios días si ello fuera menester.

Cierto día un campesino amigo mío, que me había conseguido muchos animales y era observador atento, me informó de que en un valle pedregoso que distaba unos ocho kilómetros de la villa hacia el norte había una pareja de aves de gran tamaño, que parecían estar anidando allí. Por su descripción no podían ser más que águilas o buitres, y yo ardía en deseos de hacerme con polluelos de unas u otros. Mi colección de aves de presa se componía por entonces de tres especies de búho, un gavilán, un esmerejón y un cernícalo, así que la adición de un águila o buitre me vendría muy bien para completarla. Huelga decir que no hice partícipe de mi ambición a la familia, porque la cuenta de carnicería para alimentar a mis animales era ya astronómica. Además me imaginaba la reacción de Larry a la idea de meter un buitre en casa. A la hora de adquirir nuevos protegidos siempre resultaba más prudente presentarle los hechos consumados, pues una vez introducido el animal en la villa normalmente se podía contar con el apoyo de Mamá y de Margo.

Preparé la expedición con sumo cuidado, añadiendo cargamentos de víveres para mí y para los perros y un generoso suministro de gaseosa al conjunto acostumbrado de latas y cajas de recolección, el cazamariposas y un saco para meter al águila o buitre. También me llevé los prismáticos de Leslie, que eran de mayor aumento que

los míos. Afortunadamente su propietario no estaba a tiro para pedirle permiso, pero yo estaba seguro de que me los habría prestado con mucho gusto. Luego de pasar revista al equipo por última vez para comprobar que no faltaba nada, procedí a festonear a Sally con los diferentes enseres. Aquel día estaba más adusta y recalitrante que de costumbre, aun para lo que suele ser un burro, y por fastidiar me dio un pisotón adrede y luego me tiró un bocado a las posaderas cuando me agaché a recoger el cazamariposas, que se me había caído. Se quedó muy ofendida por el tortazo que le di en castigo de su mala conducta, así que puede decirse que cuando emprendimos la marcha prácticamente no nos hablábamos. Yo le ajusté con frialdad el sombrero de paja sobre las peludas orejas en forma de aro, llamé con un silbido a los perros y echamos a andar.

El sol calentaba a pesar de lo temprano de la hora, y el cielo mostraba un azul claro y ardiente, como el que se produce cuando se echa sal al fuego, emborronado en los bordes por la calima. Al principio marchamos por la carretera, alfombrada de polvo blanco y adherente como polen, y adelantamos a muchos de mis amigos campesinos, que a lomos de sus burros se dirigían al mercado o a trabajar sus tierras. Aquello inevitablemente retardaba el avance de la expedición, porque las buenas formas exigían dedicarle un buen rato a cada uno. En Corfú es obligado cotillear durante el debido tiempo, y acaso aceptar un pedazo de pan, unas pipas de sandía o un racimo de uvas en prenda de estima y cariño. Así que cuando llegó el momento de abandonar la calurosa y polvorienta carretera para iniciar la subida por los frescos

olivares iba yo cargado con los más diversos comestibles. La pieza mayor era una sandía con que generosamente se había empeñado en obsequiarme mi amiga Mama Agathi; hacía una semana que no nos veíamos; tiempo desmesuradamente largo durante el cual debía pensar que yo no había tenido nada que llevarme a la boca.

Los olivares brindaban sombras profundas y frescor de pozo después del sol cegador de la carretera. Los perros iban delante como siempre, husmeando por los gruesos troncos horadados de los olivos; de vez en cuando, enloquecidos por la audacia de las golondrinas que pasaban rozándoles, se arrojaban en su persecución con ladridos feroces. Al no atraparlas, como era habitual, buscaban desahogar sus iras sobre alguna oveja inocente o un pollo de estólido aspecto, y había que reconvenirles con severidad. Sally, olvidada ya de su enfado, caminaba a buen paso, con una oreja doblada hacia delante y la otra hacia atrás para no perderse mis canturreos y comentarios sobre el panorama.

Dejamos la sombra de los olivos y ascendimos por el monte recalentado, sorteando las espesuras de arrayán, las encinas y las matas de retama. Allí los cascos de Sally aplastaban la hierba y el aire caliente estaba cargado de olor a salvia y tomillo. Al mediodía, jadeantes los perros y Sally y yo sudando por todos los poros, nos vimos en lo alto entre los peñascos de color oro y herrumbre de la cordillera central, con el mar allá abajo a nuestros pies, azul como flor de lino. A las dos y media, cuando nos paramos a descansar a la sombra de un gran saliente de piedra, yo me sentía absolutamente frustrado. Siguiendo las instrucciones de mi amigo habíamos, efectivamente, en-

contrado un nido, que para mayor emoción resultó ser de buitre, y que además, posado en un resalte de la roca, contenía dos jóvenes obesos y casi con toda la pluma, de la edad ideal para adoptarlos. La pega estaba en que no podía yo alcanzar el nido, ni desde arriba ni desde abajo. Tras una hora de esfuerzos infructuosos por secuestrar a las crías no tuve más remedio que abandonar aunque a regañadientes, la idea de añadir buitres a mi colección de aves de presa. Bajamos por la ladera e hicimos un alto para descansar y almorzar a la sombra. Mientras yo me comía mis emparedados y mis huevos duros, Sally se tomó un almuerzo ligero de panochas de maíz secas y sandía, y los perros calmaron su sed con una mezcla de sandía y uvas, engullendo ávidamente el jugoso fruto y de tanto en tanto atragantándose y tosiendo por alguna pipa que se les quedaba atascada. Debido a su voracidad y a su total carencia de modales en la mesa acabaron mucho antes que Sally y que yo, y tras llegar renuientemente a la conclusión de que no pensaba darles nada más nos abandonaron y se largaron por la ladera abajo para regalarle con una pequeña cacería particular.

Yo, tumbado de bruces mientras comía la fresca y quebradiza sandía, rosada como el coral, examiné la ladera. A unos quince metros más abajo de donde yo estaba se alzaban las ruinas de una casita de labradores. Aquí y allá se discernían apenas en la ladera los rellanos en forma de media luna que antaño constituyeran las minúsculas tierras de cultivo. Debió llegar un momento en que se hizo patente que el suelo empobrecido no podía seguir dando maíz u hortalizas en aquellas parcelitas no más grandes que un pañuelo, y el dueño tuvo que marcharse.

La casa se había desmoronado y las parcelas se habían llenado de malas hierbas y arrayán. Miraba yo fijamente los restos de la casucha, preguntándome quién habría vivido allí, cuando vi que entre el tomillo que crecía al pie de uno de los muros se movía una cosa rojiza.

Lentamente eché mano a los prismáticos y me los llevé a los ojos. El amasijo de piedras caídas al pie del muro se me hizo visible con claridad, pero por un instante no vi qué era lo que me había llamado la atención. Entonces, para mi asombro, de detrás de una mata de tomillo salió un animalito esbelto, rojo cual hoja en otoño. Era una comadreja, y, a juzgar por su comportamiento, una comadreja joven y bastante inocente. Era la primera que yo veía en Corfú, y realmente me encantó. La comadreja oteó los alrededores con aire un poco aturdido y después se irguió sobre las patas traseras y olfateó vigorosamente. No oliendo, al parecer, nada comestible, se sentó y se dio una sesión de rascado intensiva y a todas luces muy satisfactoria. Luego interrumpió bruscamente su aseo y con mucho cuidado acechó y trató de atrapar a un limoncillo de color canario intenso. Pero el insecto se le escurrió de entre las fauces y escapó revoloteando, mientras la comadreja tiraba mordiscos al aire con aspecto un tanto estúpido. Una vez más se alzó sobre las patas posteriores para ver dónde había ido su presa, y, perdiendo el equilibrio, a punto estuvo de caerse de la piedra que la sostenía.

Extasiado ante su diminuto tamaño, su rico colorido y su aspecto ingenuo, yo no le quitaba los ojos de encima. Quería capturarla a todo trance y llevármela a casa para incorporarla a mi zoo, pero sabía que me sería difícil.

Mientras yo meditaba sobre el mejor camino a seguir para lograr ese resultado, entre las ruinas de la casita se desarrolló un drama. Sobre el matorral planeó una sombra como una cruz de Malta, y ante mi vista apareció un gavilán en vuelo rasante y rauda hacia la comadreja, que, erguida sobre su piedra olisqueando el aire, parecía no darse cuenta del peligro. Yo estaba dudando si dar un grito o una palmada para alertarla cuando ella vio al gavilán. Con una rapidez de reflejos increíble se dio media vuelta, saltó airosamente al muro ruinoso y desapareció en una grieta entre dos piedras que yo no habría creído capaz de permitir el paso de un lución, cuanto menos de un mamífero del tamaño de aquél. Fue como un juego de manos: tan pronto estaba instalada sobre su piedra, tan pronto se había evaporado en la pared como una gota de lluvia. El gavilán frenó desplegando la cola en abanico y permaneció suspendido en el aire, obviamente con la esperanza de ver reaparecer a la comadreja; pero enseguida se aburrió y se descolgó otra vez ladera abajo, en busca de presas menos recelosas. Al cabo de un rato la comadreja asomó su carilla por la grieta. Viendo la costa despejada, salió cautelosamente. Luego echó a andar por el muro, y, como si su reciente escapatoria le hubiera dado esa idea, procedió a examinar y explorar todos los huecos y recovecos que había entre las piedras. Yo la miraba pensando cómo bajar hasta allá para echarle la camisa por encima antes de que advirtiera mi presencia. A la vista de su hábil truco de desaparición frente al gavilán, estaba claro que no iba a ser fácil.

Sinuosa como una culebra, se introdujo en un agujero de la parte baja del muro. De otro agujero un poco más

arriba salió un segundo animal presa de gran agitación que corrió por lo alto del muro y desapareció en una hendidura. Sentí una emoción enorme, porque lo poco que había visto de él me había bastado para identificarlo como un animal que desde hacía muchos meses estaba buscando y tratando de capturar: un lirón careto, probablemente uno de los roedores más simpáticos de Europa. Venía a tener las dimensiones de una rata crecida, con pelaje color canela, la parte de abajo de un blanco brillante, larga y poblada cola acabada en una brocha de pelos blancos y negros y unas manchas negras por debajo de las orejas, que rodeándole los ojos le daban el ridículo aspecto de llevar uno de aquellos antifaces que supuestamente gastaban los ladrones de antes.

Aquello era un dilema: dos animales que ansiaba poseer, uno en feroz persecución del otro y ambos extraordinariamente recelosos. Si mi asalto no estaba bien calculado, lo más probable sería que los perdiera a los dos. Decidí ocuparme primero de la comadreja, por ser la más móvil, y porque pensé que el lirón no se movería de su nuevo agujero si se le dejaba tranquilo. Me pareció que el cazamariposas sería instrumento más adecuado que la camisa, así que me armé de él y bajé por la ladera con las mayores precauciones, quedándome petrificado cada vez que la comadreja se asomaba y miraba a su alrededor. Por fin llegué a un metro de distancia del muro sin ser detectado. Así con más fuerza el largo mango del cazamariposas y esperé a que la comadreja saliera de las profundidades de la oquedad que en aquel momento estaba investigando. Cuando salió, fue tan de repente que me pilló desprevenido. Se sentó sobre las patas traseras

y se me quedó mirando con interés exento de inquietud. En el instante en que estaba yo a punto de arrojarle encima la red, hete aquí que llegan los tres perros atravesando estrepitosamente el matorral, con la lengua fuera y el rabo en movimiento, tan vociferantes de contento al verme como si lleváramos varios meses separados. La comadreja se esfumó. Una fracción de segundo permaneció petrificada de espanto ante aquella avalancha perruna, y a la siguiente había desaparecido. Yo maldije a los perros con saña y los desterré a los confines más altos del monte, y allí se fueron a tumbarse a la sombra, heridos y perplejos ante mi mal humor. Seguidamente me puse a dar caza al lirón.

Con el paso de los años la argamasa que unía las piedras se había resquebrajado y las fuertes lluvias de los inviernos se la habían ido llevando, por lo que a todos los efectos lo que quedaba de la casa era una serie de muros de mampostería en seco. Aquel laberinto de túneles y cavernas comunicantes constituía un escondite ideal para cualquier animal pequeño. No había más que una forma de cazarlo en aquel tipo de terreno, y esa forma era deshacer el muro, así que me apliqué a ello trabajosamente. Desmantelada buena parte del mismo, lo más interesante que había salido a la luz se reducía a un par de escorpiones indignados, unas cuantas cochinillas y una joven salamanquesa que escapó dejando atrás la estremecida cola. Era tarea fatigosa y que hacía sudar de lo lindo, y al cabo de una hora o cosa así me senté a descansar a la sombra de lo que todavía quedaba en pie.

Me estaba preguntando cuánto tiempo me llevaría demoler todo lo demás cuando asomó el lirón por una

oquedad a un metro de distancia de mí. Trepó cual monañero un tanto obeso, y llegado que hubo a lo alto se aposentó en sus orondos cuartos traseros y se puso a lavarse la cara con gran minuciosidad, totalmente ignorante de mi presencia. Yo casi no lo podía creer. Despacito, con el mayor cuidado, maniobré el cazamariposas hacia él, lo situé en posición y lo abatí de golpe. Todo habría salido perfectamente si la parte alta del muro hubiera sido plana, pero no lo era; no pude aplastar el cazamariposas lo bastante como para que bajo el cerco no quedara un hueco. Mortificado y decepcionado hube de ver cómo el lirón, recobrándose del susto momentáneo, se escurría por debajo de la red, salía galopando por el muro y desaparecía en otra grieta. Pero aquello fue su perdición, pues el sitio donde se había metido no tenía salida y antes de que se percatara del error ya había echado yo la red sobre la entrada.

Lo siguiente era sacarlo y echarlo a la bolsa sin que me mordiera. No fue sencillo, y en el transcurso de la operación me hincó los afiladísimos dientes en la yema del dedo gordo, con lo que el pañuelo, el lirón y yo quedamos literalmente ensangrentados. Pero al fin le tuve en la bolsa. Contentísimo por el éxito, monté a Sally y volví a casa triunfante con mi nueva adquisición.

Llegados a la villa, me llevé al lirón a mi cuarto y le di alojamiento en una jaula que hasta poco antes fuera residencia de una cría de rata negra. La rata había tenido un fin desgraciado entre las garras de mi autillo Ulises, que abrigaba la opinión de que todos los roedores habían sido creados por una providencia bienhechora para llenar su estómago. Así pues, esta vez me aseguré de que mi